

públicas vendrá un nuevo cesarismo, es la misma que nos presenta Oswald Spengler, cuyo estudio sería de gran provecho para nuestro autor: le presentaría la situación histórica a que él se refiere en una forma bastante superficial, con todos sus detalles y matices.

Para resumir nuestra crítica, terminaremos diciendo que Oscar Edwards Bello es un autor que promete llegar a mayor claridad y profundidad, una vez que haya llegado a mayor edad. La presente obra nos parece haber sido escrita por un adolescente.

C. K. R.

<https://doi.org/10.29393/At5-241SJEB10241>

Santa Juana

Por Bernard Shaw

SI me preguntáis cuál entre los poetas modernos es el más genuino representante de nuestra época, os citaré en primer lugar el nombre de Bernard Shaw. He ahí «Hombre y Superhombre», «Mayor Bárbara», etc., obras en que están condensadas las ideas representativas del siglo XX. Y a ellas hay que agregar una nueva, una «crónica dramática», como la llama su autor, representada por primera vez a fines del año 23: «Santa Juana».

Es ella quizás la primera tragedia que se haya escrito con el exclusivo fin de hacer historia. Shaw la ha acompañado de un prólogo que es de casi la misma extensión de la obra y en que expone sus ideas sobre la vida y el carácter de la nueva Santa (Juana de Arco fué canonizada el 16 de Mayo de 1920), y—lo que es mucho más importante—en que somete a una severa crítica todo lo que han escrito los historiadores y poetas sobre una de las más importantes heroínas de la historia universal.

La crítica de Shaw se dirige de una parte contra el racionalismo y protestantismo, que han hecho de Juana una prima-donna de un melodrama romántico. «No puedo concebir—exclama—por qué hombres que creen en electrones se consideran menos crédulos que aquellos que creen en ángeles». De otra parte, trata de justificar el procedimiento de la inquisición y de los jueces que condenaron a muerte a la célebre doncella: si ella resucitara entre nosotros, dice, se la condenaría en la misma forma que en 1431.

Para Shaw—y debemos decir que compartimos plenamente sus ideas—Juana fué una niña campesina, poco ilustrada, dotada de verdadera genialidad y de un alma risueña, mística y sencilla. Estaba además caracterizada por una fantasía vívida, de manera que poseía el don especial de poder representarse corporalmente las ideas de su espíritu, don que nada tiene que ver ni con rasgos patológicos ni con fuerzas sobrenaturales y que puede poseer cualquier hombre, por más prosaicas que sean sus preocupaciones, como por ejemplo un matemático.

El genio de Juana de Arco consistió en haber concebido intuitivamente y por primera vez en la historia occidental, los nuevos principios de la nacionalidad y de la responsabilidad de cada hombre con respecto a las ideas que su razón considera verdades.

En cuanto al primero de estos principios, significaba él que los pueblos de igual lengua, de iguales costumbres y de igual cultura forman una unidad, y que tienen un derecho sagrado al territorio que ocupan. Proclamando este principio, Juana logró entusiasmar a sus compatriotas en la lucha contra los ingleses, que habían ocupado vastas provincias de Francia y conducirlos a la victoria, arrebatándoles la ciudad de Orleans. Pero este principio se encontraba en contradicción con el ideal feudal de los caballeros, para los cuales la guerra era un mero deporte y que se consideraban una clase internacional independiente de la nacionalidad a que pertenecían.

El segundo principio formaba igualmente una contradicción con el ideal de la Iglesia, la cual no le podía reconocer al

individuo el derecho de discutir ciertos dogmas establecidos por su autoridad suprema.

El genio rústico de Juana tuvo que chocar forzosamente con estos dos poderes omnipotentes, y ya que ninguna experiencia en materias políticas y su ingenuidad aldeana no le permitían ni siquiera comprender la situación en que se encontraba, tuvo que ser aniquilada por sus contradictores, los cuales la condenaron a la muerte en la hoguera.

Shaw trata de justificar, como ya dije, la sentencia de la inquisición. Según su opinión, cualquiera de nosotros que se hubiera encontrado entre sus jueces, en 1431, se habría expresado en la misma forma. No reconocer eso significa no comprender la historia. La situación análoga se repite, en pleno siglo XX, casi diariamente. También entre nosotros se levantan nuevos apóstoles que combaten los valores morales, culturales, etc., que estamos acostumbrados a respetar desde nuestra niñez, y cualquiera corte de justicia moderna que tenga que pronunciarse sobre ellos, los condenará: y la gran mayoría de los hombres aprobará su sentencia. La situación de Juana de Arco frente a aquellos dos poderes de la Iglesia y del feudalismo era completamente idéntica a la de los apóstoles que surgen entre nosotros.

No quiero decir con eso que Shaw esté de parte de la inquisición y del feudalismo. Bien al contrario, el gran dramaturgo inglés está verdaderamente enamorado de su heroína. La pinta en una forma tan simpática, tan encantadora y bella (en el sentido espiritual y no corporal) que ella es, sin duda, una de sus mejores creaciones. Pero no por eso se desprende él de sus admirables cualidades de historiador imparcial y absolutamente objetivo, sino que le da, al lector del siglo XX, una muy severa y justa lección en cuanto a su propia manera de pensar sobre hombres y hechos de su tiempo que ocupan una situación igualmente excepcional dentro de la sociedad, como Santa Juana en el siglo XV.

En cuanto a la tragedia misma, ella consta de seis escenas, que nos presentan a la Santa en seis diferentes momentos culminantes de su vida. Cada uno de los personajes que intervienen

en la acción está pintado en forma plástica y simplemente genial, digna del mayor dramaturgo de nuestros días. Esos personajes son verdaderas encarnaciones vivas de la historia medioeval. Quien quiera llegar a conocer el espíritu de aquellos tiempos debe estudiar esta obra, pues ella encierra en sí más historia que todo lo que se ha escrito sobre ellos en conjunto. El epílogo a la «crónica dramática» tiene por objeto presentarnos la canonización de la Santa, cuatro siglos después de su muerte. En él interviene también un personaje del siglo XX, el cual se destaca de todas las demás personas por su carácter prosaico y en el fondo ridículo, comparado con el de los representantes del siglo XV. Pero antes de hacer caer el telón, el poeta nos vuelve a presentar una idea a que ya me referí: la pregunta de Juana, de si los que la veneran como Santa se conformarían con su vuelta al mundo como mujer viva, uno tras otro se retira, dejándola sola y sin ninguna protección. Entonces Juana pronuncia las últimas palabras de la tragedia: «Dios mío, que has creado este hermoso mundo, ¿cuándo vendrá el tiempo en que merezcan recibir a tus Santos, cuándo vendrá, Dios mío?»

Y hemos de responder a esta pregunta, en conformidad con Shaw: Jamás. El genio nunca será reconocido como tal por sus contemporáneos. Siempre van a tener que pasar muchos años, y hasta siglos, antes de que la humanidad se haya elevado a la altura de poder comprender su espíritu. Los grandes hombres siempre serán hombres trágicos, siempre se les perseguirá, siempre tendrán que gastar todas sus energías en la lucha contra los intereses, contra los valores, contra las ideas creadas. Y Shaw tiene por demás razón cuando dice que la verdadera tragedia sólo se produce cuando de ambas partes hay buena fe: así Santa Juana fué condenada por hombres que defendían con toda justicia ideas que, antes de aquel siglo, se habían igualmente encontrado en una situación comparable a la que defiende la Santa y que sólo mediante el sacrificio de genios no menos grandes lograron imponerse. En este sentido, la vida siempre será una eterna lucha, en que de una parte se encuentra el genio que se antecede a su época y de otra la gran masa que no lo comprende. Además: ¿de dónde podría sacar la masa la medida para distinguir al genio de los embusteros, herejes y locos?

de la entraña asoma, aun asoma la emoción del artista, que si es niño lo es *de vuelta* ya de su mayor edad; y, en el momento en que el objetivo va a subjetivarse, cuando lo pintoresco va a revelar su poso triste, Girondo cierra los ojos, vuelve la cara recordando a tiempo su postura, y añade otra pirueta. Así, el buen gusto moderno emboza la nota trágica. Así, el arte de Girondo, lleno de gracia liviana y denso de significación dolorosa muchas veces, termina su parábola.

En sus «Veinte poemas para ser leídos en el tranvía», Girondo empleó la prosa, una prosa diáfana y viva, tan depurada, que se adecuó perfectamente a la forma interna de los poemas. En este nuevo libro, «Calcomanías», fué al verso. A nuestro juicio, tuvo más suerte en la prosa. El verso, aun siendo el suyo muy libre, ha articulado la curva que antes se desenvolvió serena. Acaso creyó Girondo que los nuevos motivos requerían más noble vaso. ¿No será ello una delincuencia?

Con todo, «Calcomanías» es un libro hermano de «Veinte poemas para ser leídos en el tranvía»; y están en él todas las cualidades de Girondo, el escritor americano que, sin duda alguna, ha sabido escuchar más netamente el diapasón de esta modalidad artística en que tantos caen en la exasperante estridencia.

E. B.

MÍSTICO AMOR HUMANO, novela de *Alfonso Nadal*. Editorial Cervantes, Barcelona.

Nadal es un escritor español de la última generación. Aparece, según creemos, por primera vez una obra suya en público, en la Colección Cervantes que tantos volúmenes interesantes nos lleva dados.

Desde luego, esta novela conmueve, tiene una concepción original y está bien escrita. Vemos debatirse el alma de un joven religioso entre la prohibición de amar y la pasión humana que se levanta arrolladora. No está en este caso, naturalmente,